

CIRO KOROL

MONTE

Ilustraciones de
MARÍA VICTORIA RODRÍGUEZ

LIBROS  Silvestres

ñu
colección

LIBROS  Silvestres

Korol, Ciro

Monte / Ciro Korol ; ilustrado por María Victoria Rodríguez. - 1a ed ilustrada. - Rosario : Libros Silvestres, 2020.

32 p. : il. ; 17 x 21 cm. - (Ñu ; 11)

ISBN 978-987-47651-4-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina.

I. Rodríguez, María Victoria, ilus. II. Título.

CDD A863.9283

Diseño Gráfico: Valentina Militello

©Libros Silvestres

Colección Ñu

www.librossilvestres.com

info@librossilvestres.com

Este texto fue escrito en 2018. En 2019 obtuvo uno de los premios de Espacio Santafesino en el rubro editorial como parte de un proyecto de la editorial Libros Silvestres, gracias al cual llega al papel en la primavera de 2020, con la esperanza de sumar en la lucha por una Ley de Humedales y regar con esta gota de agua, con esta historia, los territorios que fueron víctimas del ecocidio, para que vuelvan a reverdecer.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.


Impreso y encuadernado en Octubre 2020 en Talleres Gráficos Fervil SRL,
Santa Fe 3316 Rosario - Argentina / 500 ejemplares.

CIRO KOROL

MONTE

Ilustraciones de
MARÍA VICTORIA RODRÍGUEZ





El viento como un animal invisible iba dejando su huella caprichosa sobre la Laguna Grande, justo a mitad de camino entre la barranca de Rosario y las colinas de Victoria.

Bajo el agua, los peces sentían los sifonazos que entraban desde el cielo. Las rayas se asomaban a la superficie para ver qué sucedía allá arriba, luego se soltaban como paracaidistas hasta el lecho arenoso.

En las orillas, se agitaban las hojas de achiras, juncos, y camalotes. Entre sus hojas y tallos se refugiaban mariposas, ranas de canto asustadizo, gatas peludas de colores brillantes, botellas, y una colección de vaquitas de San Antonio. Ese animal sin formani color, se perdía en los laberintos de madrejones y alisales; desenredaba la cabellera de los sauces en los bosques en galería, y se expandía en lagunas como ésta, donde una sauce llamada Aura, se dejaba llevar por la música del viento. Tan sumergida estaba en esos acordeones, que no se percató de lo que ocurría a su alrededor. Cuando las ráfagas aflojaron, detectó en el piso junto a las hojas que el viento le había soltado, unas hojitas que no eran de sauce, ni de timbó y aunque se parecían, tampoco eran las del espinillo. Y al sentir el olor dulce descubrió que estaba tronco a tronco frente a un árbol muy raro.

*Hace ya más de cien años
empezó esta larga noche,
el ferrocarril, los rebaños,
la Forestal y su derroche.*

*Mas de luchar yo no me dejo
y todavía guardo esperanza
ahora que ya estoy viejo
comprendo que esa es mi lanza.*

*Y si queremos que esto remonte
seamos unidos y despiertos
vamos a volver a ser un monte
¡y vencer juntos al desierto!*

–¡Vivan los montes, carajo! –gritó un Ibirá Pitá rojo de entusiasmo y muchos árboles de todos los rincones de la provincia respondieron con un alentador sapukái:

“¡VIVA EL MONTE!”



De pronto se sintió una gran tensión bajo la tierra, las raíces se erizaron en alerta porque pidió su turno para hablar el Higuierón. Los árboles conocían bien su estrategia. Todos tenían algún ejemplar de su especie que había caído en la trampa. Le dan la mano, se agarra del codo, luego del hombro y al final de todo el árbol, al que devora para poder crecer.

—Sé que muchos de ustedes no me quieren —comenzó el Higuierón. A lo que se sintieron algunos abucheos y silbidos que provenían de las Palmeras Pindó.

—Compañeras Palmeras Pindó, por favor respeten al compañero que quiere expresarse, a ver si vamos dejando atrás los rencores del pasado —apaciguó la Manduvirá.

—Si los han devorado los míos a los suyos no es por malicia pues —siguió el Higuierón— sino que es nuestra naturaleza como especie, y creo que acá está el punto, no sé si lo pueden apreciar. Es sumamente interesante lo que plantea el Quebracho Colorado, y creo que hay que darle lugar a una nueva manera de pensarse, no podemos pensar siempre en uno, debemos sin pausa pero sin prisa empezar a pensar en el otro.

—¡Chamuyero! —aulló un Palo Jabón desenredándose del temor que le causaba el Higuierón y sus lianas.

—¡Caradura! —gritó Timbó— ¡sin pausa pero sin prisa te comiste a mi abuelo!

—Tranquilo Timbó —espetó Taku— escuche si es que tiene orejas.

—Por favor no me malinterpreten. Siento mucho lo de tu abuelito, Timbó; u oreja de negro como te decimos nosotros, sin ánimos de ofender. Lo que quiero decir, como planta epífita, tiene raigambre profunda en la concepción cooperativista...

—Vamos redondeando la copa compañero —moderó Taku.

—No te vayas por las ramas —bromeó el Canelón con su voz de chisporroteo.

—Estúpido —dijo el Curupí —siempre te gustaron los chistes estúpidos.

—Sí, el Higuierón es *tupido* —respondió el Canelón fiel a sí mismo.

—En una palabra la idea que pretendo extenderles —prosiguió el Higuierón— es que ¡basta de querer salvarse uno y a su especie nada más! Mala esa actitud compañeros. ¡Basta de batallas sin sentido! ¡Basta de echarme la culpa a mí o al Sauce Llorón o al Eucaliptos o a la Soja, al agrotóxico, o al porongo del Zapallo!

Pero los árboles no llegaron a escuchar esta última palabra porque temblaron de miedo y sus raíces pivotes se enredaron en pesadillas de gusto metálico, y raíces llenas de llagas.



Luego del susto, poco a poco abrieron sus rizomas para oír la conclusión.
—...que darse cuenta —seguía el Higuerón— es que los verdaderos responsables acá son los árboles con pies y manos.

—¿Se refiere a los humaños? —preguntó el Molle Pisquito que era un *pisquito* lento para las cosas de entender.

—Claro —suspiró la Ceibo —¡A quién se iba a referir, a los monos carayá!

Los árboles se quedaron callados. Los más viejos de todos recordaban, un tiempo en que los humanos eran sus mejores amigos (después de las aves). Pero ahora parecían haberse convertido en higuerones a los que sólo les interesaba devorar árboles para crecer más alto sus ciudades.

—Antes, si hacían un instrumento musical con nuestra madera, después nos dedicaban una canción. Ahora tumban un monte entero en menos de una primavera, y ni las gracias nos dan —dijo la Chañar, que había oído de los pájaros esas viejas historias.

—Y acá en el humedal nos queman para dar de comer a las vacas. ¡Ustedes pueden creer, a lo que hemos llegado! —dijo Aura desde la Laguna Grande.

Después de toda la noche escuchando, Aura parecía otra, como si con las mismas raíces y ramas hubiera construido otra forma de ser ella misma.



*"Habló la Chañar esta noche
también el Urunday y el Molle
y para seguir con la racha
oiganlé a esta Quebracha.*

*Hay leyendas que vienen de lejos
de cuando el río no era tan viejo
y si la raíz no me ha de fallar
creo recordar de qué habla la Chañar.*

*Hubo un tiempo guaraní
chaná timbú y querandí
toba, abipón, mocoví
así era mi tierra cuando nací.*

*Pero no tiene nuestra savia
que convertirse en llanto
hay que sacarse la rabia
y por eso es que yo canto.*

*Ojo la bala con confundir
y querer empuñar el hacha
no es violencia que quiero urdir:
pero hay que luchar por la Pacha.*

*Aunque esta noche sea oscura
sale la luna en la orilla
y en esta tierra dura
es donde planto mi semilla."*



LIBROS Silvestres

El viento, los pájaros, los peces, el Paraná y sobre todo los árboles, son los protagonistas de esta ficción que Ciro Korol desarrolla alrededor del monte nativo santafesino. Pero no se trata de una iconografía ornamental o simplemente un compendio de nombres. *Chañar. Algarrobo. Espinillo. Higuierón.* Sino al contrario: en la construcción de estos personajes se puede rastrear la naturaleza de las especies y de las problemáticas que atraviesan, incluyendo incendios, deforestación e indiferencia. “Acá en el humedal nos queman para dar de comer a las vacas”, denuncia la sauce en una fantástica asamblea de árboles que se comunican bajo tierra, a través de sus raíces. *Ombú. Aguaribay. Timbó. Ñangapirí.* Y es la quebracha con su sabia voz quien lanza al viento un mensaje de esperanza: *Aunque esta noche sea oscura/ sale la luna en la orilla/ y en esta tierra dura/ es donde planto mi semilla.*

**PROVINCIA
DE SANTA FE**



ISBN 978-987-47651-4-7



9 789874 765147